

# FORO CUBANO

Perspectivas Democráticas sobre la Actualidad Cubana

## Utopías de la Revolución

Carta al lector:

El cuarto boletín del Foro Cubano tiene como propósito reflexionar acerca de las utopías de la revolución y las promesas incumplidas del régimen. Se trata de pensar en todos aquellos proyectos ilusorios que se tejieron antes del 59 y que terminaron por fenecer con la Constitución de 1976. El trabajo de Sergio Angel nos lleva a pensar en la idealización del revolucionario, evidenciando que los proyectos y sueños son secundarios, las necesidades burguesas y el interés meramente pecuniario. Algo que se evidencia en el trabajo de Arturo Moscoso a través del desencanto de uno de los expedicionarios del Granma que acompañó a Fidel en su travesía.

Es precisamente la figura de Fidel la que aparece retratada en el artículo de Stephany Castro que a través de un recorrido por la niñez y juventud del líder logra identificar algunos de los “traumas” que bien pueden haber incidido en su perfil autoritario. Aspecto que es narrado en profundidad desde una perspectiva histórica por Juan Carlos Mosquera que se ocupa de analizar el militarismo de la sociedad y el carácter autoritario del régimen. Del segundo descubre que hay sustento en las elites socioeconómicas del siglo XVI, pero del segundo muestra que fue la Revolución la que lo instauro llevando a que el ciudadano de a pie protegiera la revolución empuñando las armas. Algo totalmente contrario a lo que prometería el mismo Fidel en su discurso de 1959, mientras caía el régimen de Batista.

En esta misma línea se encuentra el trabajo de Orlando Avendaño



Tomado de: Uh.cu

que en ocasión de la efemérides de los sesenta años de Revolución se ocupa de mostrar el aciago legado de esta generación. Un cambio que prometió encarnar la voluntad del pueblo y que término por ahora los sueños y sumir al pueblo cubano en la más honda pobreza. Un diagnóstico muy cercano al de Pablo Bulcourn que contrasta los logros sociales de la revolución con el recio control sobre las libertades civiles, pero haciendo énfasis en el silencio cómplice de la intelectualidad progresista de la región.

Uno de los trabajos más elocuentes es el de Claudia González Marrero, que desde su impecable pluma logra transmitirnos el poder de la oratoria revolucionaria, es decir, la construcción de un lenguaje que hizo explosión en el imaginario colectivo y permitió una rápida efervescencia y sincronización de la masa. Palabras que sirvieron para construir identidad, pero también para estig-

matizar a todo que que estaba contra la Revolución. Un proyecto que se adecuó, para lograr sobrevivir, al modelo soviético y que sacrificó otras formas de pensar abigarrar al pueblo que acompañó a estos revolucionarios en el 59. Esto último es pensado en la segunda parte de la entrevista que se le hace a Rafael Rojas y que aparece en este boletín. Allí este destacado historiador cubano nos deja ver las rutas que pudo haber seguido la Revolución, si en lugar de la versión totalitaria se hubiese optado por el socialismo democrático.

Finalmente, este boletín cierra con tres textos excepcionales: el primero, de Carlos Augusto Chacón en el que se pone en cuestión la idea de la “necrofilia ideológica” producto de la desafortunada celebración de Ernesto Samper de los sesenta años de la Revolución; el segundo, de Manuel Camilo González que rastrea la ruta que siguió la Revolución desde el golpe de Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952, hasta la entrada de Fidel a la Habana el 8 de enero de 1959; y el tercero, de Alejandra Guerrero en el que se hace una revisión a la obra de “Los Carpinteros”, un grupo de artistas cubanos que realizaron en 2017 una exposición en Bogotá. Esperamos que todo el material sea de su interés y que sea un punto de encuentro para pensar en la utopía, los sueños de un pueblo, pero sobre todo las promesas incumplidas de un régimen que aún sigue en el poder.

Atentamente,

Nicolás Liendo  
Director Ejecutivo  
Programa Cuba

# ¿Qué es un revolucionario?

## Reflexiones sobre un proyecto fallido

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA, BOGOTÁ

Por: PhD (c) SERGIO ANGEL

*Los obreros están bien, pero carecen de conciencia política. Hacen consideraciones absolutas y no entienden por qué el gobierno les dice que el proletariado está en el poder y tienen que trabajar como burros para comprar un vestido que les cuesta el sueldo de un mes. En cambio, los obreros de la Alemania Occidental., que son explotados, tienen más confort, mejor ropa y derecho de huelga*

*De viaje por Europa del este, Gabriel García Márquez*

La Revolución Cubana, la Revolución Sandinista y la Revolución Bolivariana envuelven a América Latina en un sorprendente ciclo de 20 años. Primero, vinieron las promesas de los Castro, después fueron las promesas de la pareja Ortega Murillo y finalmente las promesas de Chávez. Como en la novela de Milán Kundera, el manto de los 20 años de Checoslovaquia parece recubrir a la región, mientras que allí marcó la llegada de los soviéticos, la Revolución de Terciopelo y la caída del muro, aquí vemos surgir un nuevo proyecto “revolucionario” cada 20 años. Y aunque quisiera que la historia absolviera a cada uno de los protagonistas de estas gestas históricas, son incalculables los costos sociales, económicos y hasta culturales de esta transformación en busca de la “libertad”. Pero este escrito no pretende ocuparse de los proyectos inconclusos, sino más bien de los actores que acompañaron estos proyectos, preguntándose por la esencia del sujeto revolucionario, de aquel que creyó en un proyecto, que no lo consiguió y que aun así sigue defendiendo sus banderas políticas.

Roberto Messuti, presidente de la Casa del artista de Venezuela, de clara postura oficialista filtró a los medios de comunicación una

conversación telefónica con Omar Enrique a raíz de las declaraciones públicas de este último a medios internacionales. Messuti increpa a su interlocutor por considerar que la prohibición de Colombia de que Enrique entrara a su territorio no era razón suficiente para negar sus vínculos con el régimen: “Me da arrechera ver a un compañero que se monta con nosotros en las tarimas, que trae cantantes de afuera, que cobra dólares, que le salpican las mieles del éxito, pero a la hora en que le preguntan si está o no está con el gobierno se queda callado”.

Estas palabras de Messuti ponen en evidencia dos formas de ser revolucionario: aquel que convencido de su propia verdad y de espaldas a la realidad social y económica de su país se mantiene fiel a las directrices de su líder; y aquel que ha bebido de las mieles del proyecto político que él mismo ayudo a montar, pero que se distancia de este cuando su propia comodidad se pone en juego. El primero se mantiene fiel a sus ideales, pero da la espalda a lo que debería haber significado una auténtica revolución; el segundo es, en alguna medida, consciente del fracaso del proyecto en el que participó pero no se desprende completamente del mismo por un asunto de sobrevivencia. Los dos, a su vez, comparten el lucro personal producto del proyecto revolucionario.

Suena paradójico que un proyecto inspirado en la justicia social, la búsqueda de la libertad y la democracia popular, termine por afincarse en dos pilares: (1) la ideología para creer y defender todo lo que se hace desde el gobierno; y (2) el beneficio personal de todos los cuadros revolucionarios. Estos dos factores son esenciales para permitir que el proyecto sea sostenible en el tiempo y la movilización popular se haga efectiva. En palabras del Granma, periódico oficialista cubano, este pueblo convertido en masa es “la suma de elementos de la misma categoría, que actúa como un manso rebaño. Es verdad que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas”.

La masa renuncia a su individualidad y se entrega al líder, pero todo esto como resultado del adoctrinamiento, producto del disciplinamiento por parte de los cuadros y las dadivas entregadas por el gobierno.

Pero cómo entender la defensa por la libertad de estos cuadros revolucionarios cuando la ONG venezolana Foro Penal denuncia que en la actualidad hay 989 presos políticos en las cárceles del país; el centro nicaragüense de Derechos Humanos (Cenidh) reporta un total de 602 presos políticos; y La Comisión Cubana de Derechos Humanos Y Reconciliación Nacional (CCDHRN) reporta un total de 120 prisioneros por motivos políticos. O bien, cómo entender su defensa de la justicia social cuando la pobreza en Cuba es cercana al 70%, la inflación del último año en Venezuela es mayor al 1.000.000% y la contracción económica de Nicaragua avista consecuencias catastróficas para los más pobres.

Según Fidel, “la revolución es sentido del momento histórico, es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos (...)”,es decir, todo lo contrario de lo que hoy viven los pueblo oprimidos por estos proyectos revolucionarios y que sus cuadros niegan como resultado de las dadivas gubernamentales y la ideologización de un proyecto que hace años dejo de cumplir las promesas.

El revolucionario es entonces, un sujeto discursivamente activo, anclado en palabras con contenidos insuficientes, que culpa a los otros de sus propios fracasos, pero sobre todo, es un actor interesado: no hay revolución sin oligarquización y, en palabras de Robert Michels, la organización de los cuadros trae consigo una nueva burguesía, esa burguesía que hoy sigue impidiendo el cambio histórico para los pueblos de Cuba, Nicaragua y Venezuela, pero que, llegado su momento, puso fin a la larga y oscura noche que se había posado sobre Checoslovaquia.

# Pensar la utopía desde el imaginario social. Una lectura de los soportes discursivos en la Revolución cubana.

JUSTUS - LIEBIG UNIVERSITÄT GIEBEN, GIEBEN

Por: PhD (c) CLAUDIA GONZÁLEZ MARRERO

Los Estados modernos, independientemente del modelo económico y político al que se refieran, comparten elementos comunes en sus postulados, fundados en lo discursivo y lo simbólico. Se habla de “realidad ética” (Enzo Traverso), de “determinismo teológico” (Hannah Arendt) o “identificación imaginaria” (Jacques Rancière) para medir los niveles de utopía que el discurso instituyente suministra a la sociedad buscando la garantía que abriga el consenso. La Revolución cubana bebió de esta fuente de legitimación desde sus inicios, recurso que siguió acompañándola de la insurrección armada, a la toma de poder como emergencia social, a su constitución como régimen y en su estancamiento como sistema posrevolucionario. Un elevado nivel de utopía fue consustancial en la sociedad pre 1959 y al advenimiento del poder revolucionario. El propio cambio catártico que implicó la remoción del antiguo régimen por una promesa de progreso, obligó a modificar el cuerpo de normas y valores en función de alcanzar dicha utopía, a la sazón, la construcción de una sociedad socialista.

Para el ordenamiento de promesas que configuren la utopía y movilicen los resortes de la sociedad, fue indispensable una ingeniería simbólica, que la Revolución supo diseñar de manera efectiva. Una de las reformas de mayor capacidad instrumental fue el estreno de códigos referenciales, que hicieron rápidamente metástasis en el imaginario colectivo. La nueva lingüística operó como una ‘pseudo-realidad’ escoltando términos de clase –pueblo,

obrero, burguesía–; ejercicios estigmatizantes –ciudadano vs compañero, contrarrevolucionario, traidor o gusano vs revolucionario–; o la reapropiación del ideario nacionalista –patria, apóstol, nación–. Sobre todo, la nueva lingüística desbordó su ámbito inicial para dominar la comunicación pública y justificar la acción política. Y es que la retórica ha debido cumplimentar en cada caso, los postulados definidos como certeros para que fueran incorporados al universo simbólico; de ahí que las conjugaciones anteriores escoltaran la identificación militante, las credenciales de pertenencia al proceso en frases como “Voy bien Camilo”, “Completo Camagüey”, “Llegó el Comandante y mandó a parar”, “la calle es de los revolucionarios”. Un ideograma protagónico en este sentido fue la instalación de un discurso unitario y populista hacia “las masas”. La promoción de una identidad militante homogénea, como parte del constructo referencial Estado/ Pueblo/ Nación, afianzó el itinerario insigne de la narrativa revolucionaria post 1959 como un “proceso histórico común”, un Weltanschauung colectivo.

Otro recurso indispensable para el apuntalamiento de la utopía reside en la oratoria revolucionaria, como ejercicio histriónico y ‘espectacular’. Las alocuciones pronunciadas por líderes políticos fueron por muchos años los textos que mayor información y coherencia aportaron al discurso instituyente. Los discursos de amplia audiencia fueron, en su momento, escenarios de una participación popular, presentados como mayor expresión demo-

crática del proceso. Estos discursos tuvieron tal magnitud, refrendados en el estado de emergencia y la dialogicidad orgánica con el liderazgo carismático, que catalizaron decisiones nacionales, promovieron convocatorias, fundaron políticas y purgaron concepciones de la ciudadanía. Un recorrido por algunos de estos eventos rememora este estado de excepción: la



Tomado de: El Nacional

Campaña de Alfabetización (1961); la invasión de Playa Girón (abril 1961), que concluyó con la proclamación del carácter socialista de la Revolución; el anuncio del fallecimiento de Ernesto “Che” Guevara (1967); la movilización nacional como apoyo a la cosecha de la caña de azúcar “la Zafra de los Diez Millones” (1970); declaraciones de Fidel Castro respecto a los emigrados por el Mariel (1980); el anuncio del plan nacional “Periodo Especial en Tiempos de Paz” (1990); la “Batalla por la Liberación de Elián González”, que propiciaría una política ofensiva más elaborada, la “Batalla de Ideas” (1999); sustituida luego por otro programa de emergencia “Batalla por la liberación de los Cinco Héroes” (2001); la declaración del carácter irrevocable del sistema socialista (2002); el anuncio de renuncia a la presidencia de Fidel Castro, la toma de posesión de su hermano Raúl Castro y el comienzo de una reforma económica y migratoria (2008); la reanudación de relaciones Cuba- Estados Unidos (2014); el fallecimiento de Fidel Castro (2016); y la toma de posesión del primer presidente civil, Miguel Díaz-Canel (2018).

La repetición acrítica de apotegmas y emblemas en el marco de estos eventos discursivos fortalecieron tanto la credibilidad de las promesas hechas por el Estado como la convocatoria a programas nacionales, mientras se subordinaba lo que Slavoj Žižek describe como “...la lógica por la cual uno se (des)conoce a sí mismo como el destinatario de una interpelación ideológica” (El sublime objeto de la ideología). Ello explicaría cómo gran parte de las reacciones frente al suministro constante de episodios, refrendados en su carácter épico, –incluso ante reacomodos convulsivos, medidas forzadas o contradictorias o apelaciones enajenadas de la realidad– transitaran sin mayores rupturas hacia actitudes espontáneas. Más relevante aún, permitieran el olvido casi simultáneo de promesas incumplidas o errores de administración, relegados al pasado.

Algunos investigadores han abordado la índole religiosa del discurso, prestándole atención a los elementos litúrgicos y las prácticas rituales comunes a la comunicación política (Alex. K.

Dzameshie; Mazid, Bahaa-Eddin M). En la Revolución, este análisis se funda alrededor de la repercusión mítica del evento posterior a 1959, de los “poderes del habla semihipnóticos” de su líder y de la movilización de cláusulas que sugieren un “poder pastoral” (Donald. E. Rice; Andres Oppenheimer; Stephe Wilkinson). La utopía se fundamenta en este caso en el propósito de salvación, esto es, salvar a la patria y a las conquistas del socialismo. Un segundo estamento se centra en el altruismo y la disposición al sacrificio, materializados en la disposición combativa, el ideal guevariano y la ritualización de un ‘via crucis’, o sea, morir por un ideal contenido en la frase “Patria o Muerte”. El tercer elemento visualiza la atención al prójimo, dígame preocupación oficial por la salud pública, la educación y la seguridad social. A estos paralelos podrían agregarse dos factores que definen en gran medida todos los anteriores. La institución de un fundamento histórico que organice la propia narración del proceso, con el alegato de Fidel Castro “La Historia me absolverá” y el concepto de Revolución como evangelios profanos. Rafael Rojas advierte estamentos más generales que sirven de justificación narrativa al Estado cubano posrevolucionario: el “retorno del Mesías”, la “sed de advenimiento histórico” que representa una “teología sustitutiva”, de un “mesianismo secular”, de una “religiosidad política” (Tumbas sin sosiego).

Son muchas las estrategias de reactualización que el Estado cubano ha instrumentado a lo largo de seis décadas. Dichos reacomodos han conducido incluso a un nutrido debate sobre la naturaleza misma del modelo económico y político de la Revolución. Sin embargo, aun cuando los elementos que fundamentan la simbología ‘de un orden nacional armónico’ han cambiado, al igual que sus receptores, las dinámicas anteriores, repetidas por tres generaciones privilegian otro tipo de negociación con impacto en la identidad nacional y en la mentalidad societal. La posnación todavía narra el pasado como explicación del status quo actual, y sustenta los sacrificios del presente como ruta para las promesas del futuro. Aunque la Cuba actual continúe modificando su leguaje para reacomodar

los designios a la realidad societal; aunque se presente más inclusiva hacia la comunidad migrada, y exhiba modelos legalistas de gestión más democráticos; estas dinámicas repiten postulados en la misma clave que ha predominado por seis décadas. Las decisiones son transmitidas por custodios especiales del saber sacro (figuras del gobierno); se fundamentan en la celebración de un calendario ritual –efemérides compuestas por conmemoraciones, vigiliass y peregrinaciones políticas–; se honra a sus ‘precursores’ –sacralización de mártires decimonónicos y líderes históricos–, y veneran a sus demiurgos y profetas –miembros del gobierno actual, líderes de la Sierra Maestra–, quienes velan por la integridad y la invariabilidad del mensaje canónico, “de continuidad” diría el presidente Díaz-Canel. A la luz de dinámicas tan necesarias como el referéndum constitucional, por ejemplo, continúa el fundamento de la utopía socialista, pero sobre todo, la execración de toda obra contraria, falsa y apócrifa, que se oponga a dicha finalidad.



# Delacroix en Sierra Maestra: reflexiones sobre la Revolución Cubana.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES, ARGENTINA

Por: PABLO ALBERTO BULCOURF

Las revoluciones arrastran fantasmas, generan mitos y sobretodo otorgan sentido a generaciones posteriores que reinterpretan hechos e ideas para continuar construyendo ese destino de grandeza al que la Humanidad está inexorablemente orientada. Modernidad mediante hemos llamado a eso progreso, y como bien ha señalado Octavio Paz, en su nombre hemos hecho fuego.

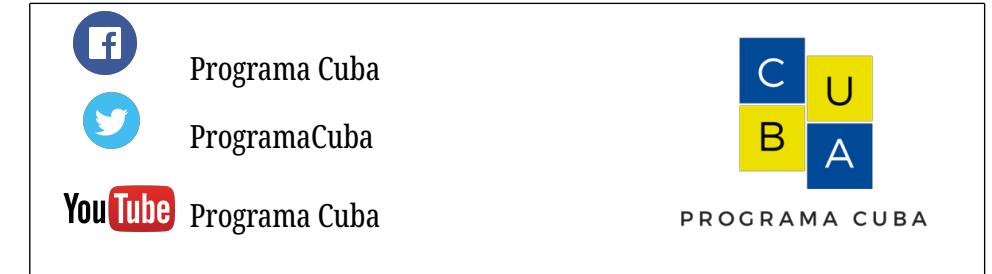
La Revolución Cubana cumple un nuevo aniversario que nos lleva a reflexionar sobre sus supuestos logros y fracasos, posiblemente desprovistos de esa épica revolucionaria de los primeros tiempos deconstruida por una Posmodernidad corrosiva e ingrata. ¿Cómo poder pensar un proceso histórico extremadamente complejo sin caer en anacronismos? O en contrapartida, ¿cómo pensarla sin darnos cuenta que toda interpretación está situada y no escapa a las consecuencias inesperadas que se dieron lugar con posterioridad?

Los colores parecen reflejar hoy las grietas por las que atraviesan las sociedades. Los grandes conflictos que dieron lugar a extensos clivajes parecen más bien tensiones de sociedades tan fragmentadas como pedazos de un espejo roto. A los chalecos amarillos le sucedieron los pañuelos rojos en Francia; a los de color verde partidarios del aborto en la Argentina, los celestes de sus contrarios. La Revolución Cubana generó eso casi desde sus comienzos, y a pesar de la caída del bloque soviético, gran parte de la intelectualidad latinoamericana sigue sintiendo a la revolución

como el comienzo de un socialismo pronto a establecerse en toda la región. Otros ven a un deteriorado régimen totalitario donde parte de su población ha vuelto a prostituirse por un jabón de tocador. ¿Cómo echar luz entonces sobre uno de los fenómenos políticos más importantes de la segunda mitad del siglo XX?

Posiblemente debamos comprender que se trata de un fenómeno de varias aristas, las cuales se fueron reescribiendo a lo largo de estas décadas. En un principio no debemos aislarlo del propio proceso de la independencia cubana de España, y posteriormente a la injerencia norteamericana en la isla, lo que generó un fuerte sentimiento antiimperialista. Por otro lado, la aparición de variados movimientos y partidos socialistas que trataron de interpretar y reproducir la Revolución de Octubre, faro que marcaba el camino hacia un nuevo orden social. Las atrocidades y la corrupción de la dictadura de Fulgencio Batista fue el gran catalizador del período desde julio de 1953 hasta noviembre de 1959. Así se gestó un proceso revolucionario que terminó acorralado en la nueva divisoria de la política internacional con la Guerra Fría; la Crisis de los Misiles de octubre de 1962 señaló el punto más caliente de este enfrentamiento, teniendo a isla como principal escenario.

Cuba logró enormes transformaciones sociales que prácticamente nadie ha negado; un modelo fuertemente igualitario que se expresó en la desaparición del analfabetismo y el total acceso de la



población a la educación y a la salud con elevados estándares de calidad. Por el otro un régimen político sin libertad de expresión ni de circulación, con un estricto control estatal de la prensa y los medios de comunicación. Cara y seca de una realidad que se vive, se elogia y se sufre a diario.

Caída la URSS, y a pesar del bloqueo económico de los EE.UU. a partir de 1960, el régimen ha sabido mantenerse en el poder con la férrea burocracia del partido y el apoyo de los militares y los servicios de inteligencia, sin negar la legitimidad que ha sabido mantener en parte de la población mediante el liderazgo carismático del ya fallecido Fidel Castro. Evidentemente no hay explicaciones sencillas sobre Cuba, ni tampoco sobre la actitud de gran parte de la supuesta intelectualidad de la izquierda progresista en la región que sigue justificando décadas de falta de libertad con el supuesto “si, pero...” que magistralmente ha analizado Claudia Hilb en su libro Silencio, Cuba.

Las revoluciones tienen su expresión icónica; Francia se vio reflejada en La libertad guiando al pueblo, en la que Delacroix logró sintetizar la épica revolucionaria en la estética de un cuadro. La Revolución Cubana tuvo su parte en el Guerrillero Heroico fotografía de Alberto Díaz en donde el Che Guevara miraba ese horizonte llamando a la revolución constante. No nos olvidemos que de ahí pasamos a la gráfica de Jim Fitzpatrick y a la obra de Gerard Malanga, que bien supo aprovechar Andy Warhol transformando la revolución en un artefacto del pop art que le dio muchos dividendos.

Esperemos que en un futuro próximo llegue la democracia a Cuba sin perder algunos de sus logros revolucionarios.

# El naufragio de la revolución

## UNIVERSIDAD DE SAN FRANCISCO

Por: PhD (c) ARTURO MOSCOSO MORENO

El 2 de diciembre de 1956 desembarcó en Las Coloradas, una paradisíaca playa al sureste de Cuba, el Granma, un pequeño yate cargado con las esperanzas de libertad de todo un pueblo representado en 82 expedicionarios que pretendían terminar con la dictadura de Fulgencio Batista, entre los cuales, junto con Fidel Castro y el Che Guevara, se encontraba César Gómez, uno de los últimos sobrevivientes de esa gesta y que desde 1961 vive en Colombia, país al que debió huir acusado de traición a una revolución que el mismo había ayudado a encender.

Su historia está contada en Náufragos en tierra, la novela más reciente del escritor ecuatoriano Oscar Vela. En sus páginas, cuando el narrador se encuentra con Gómez, un lúcido hombre que bordea los 100 años, éste les espeta sin preámbulos: “Quiero que usted sepa, en primer lugar, que yo soy un auténtico revolucionario, y soy además profundamente antiimperialista, liberal e independentista. Y debe saber usted también que yo jamás traicioné a mi país. Los verdaderos traidores fueron ellos, Fidel y los que se quedaron en el Gobierno luego de entregarse a los soviéticos. Ellos fueron los que nos engañaron a todos los cubanos”.

Y es que, en realidad, la revolución cubana, cuyo triunfo cumplió el 1 de enero pasado 60 años, nunca tuvo motivaciones comunistas o socialistas (aunque la reforma agraria era una de las ofertas de los revolucionarios a los campesinos para ganarse su favor), sino la lucha por la soberanía del país, que desde la independencia de España había estado bajo la égida de los EE.UU.; la libertad económica a través de nacionalizaciones y acuerdos comerciales más justos con los estadounidenses; y, la adopción de una constitución liberal y el llamado inmediato a elecciones.

Así lo sostenía rotundamente Fidel Castro pocos meses después del triunfo de la revolución en visita oficial a EE.UU.: "El pueblo de Cuba sabe que el gobierno revolucionario no es comunista. Nuestra Revolución es tan cubana como nuestras palmas. (...) Y toda esta campaña de comunista, campaña falsa, campaña canallesca, que ni nos preocupa, ni nos asusta".

Sin embargo, pronto los revolucionarios se darían cuenta que cumplir con sus promesas sería mucho más difícil de lograr que, incluso, el mismo triunfo de la revolución, sobre todo cuando los EE.UU., cometiendo un grave error estratégico, decidieron darle la espalda a Fidel y a sus barbudos en represalia por las nacionalizaciones de empresas estadounidenses por parte del gobierno cubano, suspendiendo la compra del azúcar, el principal producto cubano de exportación y del que esencialmente dependía su economía.

Fue entonces cuando la U.R.S.S. vio su oportunidad y les abrió sus brazos a los revolucionarios cubanos, comprándoles azúcar a precios mayores que los del mercado internacional y enviándoles petróleo. La burda invasión a Bahía de Cochinos por parte de disidentes cubanos apoyados por EE.UU. fue la gota que derramó el vaso y el 16 de abril de 1961 Castro declaró oficialmente el carácter socialista del proceso cubano, para alegría de su hermano Raúl, del Che Guevara y de otros radicales y el estupor de aquellos revolucionarios cuyas motivaciones eran esencialmente democráticas, como César Gómez.

Y es que entre las principales inspiraciones de la revolución cubana siempre estuvo la de rescatar los elementos de una democracia liberal y progresista, con un fuerte contenido social, sí, a través de la reforma agraria y las nacionalizaciones, pero respetando los elementos propios del liberalismo, con un claro modelo republicano de división de poderes y las elecciones como un elemento central. Por eso, la propuesta contenida entre las cinco leyes revolucionaras que animaron la fallida toma del Cuartel Moncada (recogidas luego en el manifiesto de Castro “La

Historia me absolverá”), siempre fue la de promulgar la Constitución cubana de 1940, una de las más avanzadas para la época, que incluso planteaba un interesante modelo semiparlamentario, y que había quedado suspendida luego del golpe de estado de Batista en 1952, lo que, con la conversión en marxista – leninista de la revolución, jamás llegó a hacerse realidad, promulgando en su lugar, varios años más tarde (1976), una carta magna que elevaba el carácter comunista del proceso cubano a nivel constitucional y que institucionalizaba la dictadura que se vivía desde 1959.

Así, los revolucionarios opositores al camino comunista que adoptó el proceso cubano pronto empezaron a ser encarcelados, perseguidos e incluso asesinados, y muchos, como Gómez, tendrían que huir al exilio para no volver nunca más a su patria, gobernada desde entonces por autócratas, bajo un sistema de partido único, que no respeta las libertades fundamentales ni la disidencia y que nunca ha podido ser independiente económicamente. Todas las motivaciones de la revolución traicionadas y todas sus promesas incumplidas. La Cuba soberana, liberal, independiente y libre aún no existe y la revolución naufragó en sus propias contradicciones.

¿Es la eliminación del carácter comunista del proceso cubano de la Constitución de 1976 un intento de recuperar los vestigios de ese naufragio? Lo dudo, porque si bien el mercado se ha estado abriendo paso a paso y poco a poco en Cuba, aún sin esa reforma, las libertades fundamentales siguen siendo inexistentes, y los ejemplos de China y de Vietnam nos dan cuenta de eso.

Náufragos en tierra termina con una llamada del narrador a Gómez, cuando se cumplían 60 años de la expedición del Granma y se anunciaba la muerte de Fidel Castro. Gómez dice: “Lamento lo que ha pasado con Fidel, pero lamento mucho más la situación de Cuba. (...) No dejo de pensar un solo día de mi vida en lo que dejé hace mas de 60 años. (...) He añorado siempre mis días allí, en mi tierra, pero no seré capaz de volver mientras en Cuba no haya libertad.”

# El militarismo prometido... la “guerra de todo el pueblo”

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, BOGOTÁ

Por: PhD (c) JUAN C. MOSQUERA

El aire autoritario de los “estados embrionarios” (Pro Ruíz 2013, 6) que se formaron luego de la Independencia se debe, en parte, tanto a la concepción que sobre la administración de lo público se formaron aquellas primeras élites socioeconómicas del siglo XVI, basada en el servicio prestado al añadir “a costa de su sangre y haberes... estas ricas posesiones a la Corona” (Amaya 2014, 85); como al lugar político que ocuparon los cuadros de las tropas que combatieron al ejército de la metrópoli, sobre todo durante la primera mitad del siglo XIX. Considerar al Estado como parte del patrimonio privado, fenómeno muy común en la América meridional, parece desprenderse del “servicio” prestado con las armas... muy acorde con el sentido de lo heroico hidalgo español, fuente de privilegios y prebendas. Aun así, el militarismo no puede ser visto como una herencia que haya permeado la dinámica política de la región. A pesar de que la figura del “ciudadano en armas” no echó raíces profundas en la América Hispana, el caso cubano asoma la cabeza como una excepción. El autoritarismo del régimen cubano se puede explicar desde la herencia política mencionada arriba, pero no su militarismo. También hay que considerar la naturaleza del estado cubano que sustenta su legitimidad en una revolución popular, en el rol activo de la población en la defensa de aquella y, retóricamente, en las decisiones de gobierno.

Según la socióloga cubana María Isabel Domínguez, titular de la

Academia de Ciencias de Cuba, la participación social es “el acceso y la presencia real de los individuos y los grupos en las instituciones y organizaciones económicas, sociales y políticas de la nación y la posibilidad de intervenir en las decisiones que le [sic] conciernen... y tiene capacidad para configurar y modificar el sistema de valores y normas compartidas por los distintos grupos sociales que se expresa como cohesión nacional” (Domínguez 2003, 8). En cuanto a la relación entre esa “participación social y la juventud” sostiene que esta constituyó “un segmento social vital ... y la participación ha estado en los fundamentos mismos de la concepción del proyecto, de ahí que la relación juventud-participación social sea un eje central de análisis y evaluación de su funcionamiento” durante el período 1960-1990. Además que “Su papel relevante a partir del triunfo de la Revolución en múltiples tareas productivas, culturales y defensivas vitales para el país, convirtió al grupo juvenil en un segmento estratégico para el desarrollo nacional. La juventud potenció su participación sociopolítica a partir de una fuerte inserción social, resultante de las nuevas condiciones creadas para el acceso a la educación a todos sus niveles y al empleo” (Domínguez 2003, 5).

Se entiende entonces que la forma de captar el tejido social, de “configurar y modificar el sistema de valores” de los “distintos grupos sociales” para lograr esa anhelada “cohesión social” es a través de la “participación social”. Desde esta perspectiva se enti-

ende el uso de organizaciones de tipo social para permear el tejido social con la ideología del partido; pero además, tendenciosamente castrenses. Comenzando por la Organización de Pioneros José Martí que agrupaba al 98,5 de niños y adolescentes de primaria y secundaria en los años 1990 (Domínguez 2003, 26) hasta la Unión de Jóvenes Comunistas a la que pertenecía uno de cada seis personas entre los 14 y los 30 años, pasando por la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media –FEEM- y la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). Es evidente la agencia por forjar uniformidad política; y si al adoctrinamiento se añade la constante percepción real o imaginada de la “revolución amenazada” tanto por el enemigo interno como por el externo, se explican las diferentes iniciativas del aparato cubano para responder ante esas amenazas... en especial, el inculcar una cultura de tipo militar.



Tomado de: Radioreloj.cu

La acepción más aceptada de Militarismo es la “influencia del Ejército en el gobierno de un estado” (Moliner 2007) y de forma más extendida “un sistema de valores que justifica el uso de la fuerza con intenciones bélicas, a la vez que una perversión del hecho militar cuándo [sic] toma unas dimensiones excesivas en la vida política nacional o internacional” (Ortega y Gómez 2010, 7). Claramente, estas dos concepciones enmarcan el caudillismo decimonónico, el pretorianismo, incluso las dictaduras de medio siglo XX en sus variables centroamericanas y del cono sur; pero se quedan cortas para explicar el caso cubano porque se limitan a lo estrictamente estatal y dejan de lado al cuerpo social. Es necesaria una conceptualización más amplia que permita abordar el fenómeno del militarismo revolucionario, si es que lo hay. Entendido el Militarismo como “la tendencia en la que esas relaciones militares influyen las relaciones sociales como un todo” (Shaw 2013, 20); entonces, este se encuentra “engastado en la sociedad... “se refiere a la penetración de las relaciones sociales en general por relaciones militares y la relación entre la preparación para la guerra y la sociedad” (Stavrianakis y Selvi 2013, 14).



Tomado de: Cubadebate.com

Dentro del discurso ofrecido por Fidel Castro el 1º de enero de 1959 en Santiago de Cuba estaban contenidas las primeras promesas semi-oficiales de la Revolución. Una de ellas fue la instauración de un régimen político eminentemente civilista y liberal, que se alejara del historial de dictaduras que tanto había castigado a la población. Según sus palabras, de no tomar él el control de la situación, el general Eulogio Cantillo, a la sazón Jefe del Estado Mayor Conjunto, instauraría una nueva dictadura militar y “el doctor Urrutia tuviera [sic] que irse dentro de tres meses también”. Sin embargo, nadie tendría que guardar recelos porque, aunque en ese momento representaba la “máxima autoridad del territorio liberado, que ya es hoy toda la patria”, él pondría en manos del magistrado Manuel Urrutia las facultades legales que había estado ejerciendo y asumiría “sencillamente, las funciones que él me asigne. En sus manos queda toda la autoridad de la República.”, “Al presidente provisional de la República de Cuba cedo mi autoridad.”, “Al asumir como presidente el magistrado, doctor Manuel Urrutia Lleó, a partir de ese instante, cuando jure ante el pueblo la presidencia de la República, él será la máxima autoridad de nuestro país.” Nadie debería pensar que él, Fidel Castro, pretendía “ejercer facultades aquí por encima de la autoridad del presidente de la República, yo seré el primer acatador de las órdenes del poder civil de la República, y el primero en dar el ejemplo”... Los revolucionarios armados... “cumpliremos sencillamente sus órdenes, y, dentro de las atribuciones que nos conceda”, pues “nuestras armas se inclinan respetuosas ante el poder civil en la República civilista de Cuba”. Él, el comandante Fidel, estaba seguro de que tan pronto tomara posesión y asumiera “el mando el presidente de la República, decretará el restablecimiento de las garantías y la absoluta libertad de prensa y todos los derechos individuales en el país; y todos los derechos sindicales, y todos los derechos y todas las demandas de nuestros campesinos y de nuestro pueblo en general”.

El discurso del 1º de enero, al otro día de la fuga de Fulgencio Bati-

sta, estaba dirigido principalmente a tranquilizar a los militares de Batista que habían sido abandonados. Pero también se repite hasta la saciedad la promesa de que el presidente provisional de la república sería un civil, un magistrado liberal; que se respetarían los derechos individuales y que las armas callarían. Pues el magistrado Urrutia tuvo que renunciar no a los tres meses, pero sí a los siete y exiliarse luego de permanecer asilado entre 1961 y 1962 en la embajada de Venezuela primero, y en la de México después. El carácter liberal del estado duró hasta que la actuación del presidente Urrutia se antojó muy lenta, como por desgracia se suele percibir la discusión democrática en estas latitudes, frente a las necesidades revolucionarias; según EcuRed (la enciclopedia en red del gobierno cubano), su “marcado anticomunismo y su oposición al rumbo radical de la Revolución Cubana le hizo entrar en contradicciones con el Primer Ministro, Fidel Castro y tras una gran presión popular renunció al cargo en julio de 1959.” Tan rápidamente como la promesa explícita de un régimen civil liberal fue incumplida, la promesa velada de un militarismo rampante sí que se cumplió.

En el mismo discurso del 1º de enero, no tan machaconamente como las promesas de fidelidad al poder civil, el líder revolucionario aseguró que “los fusiles se guardarán donde estén al alcance de los hombres que tendrán el deber de defender nuestra soberanía y nuestros derechos...” “cuando nuestro pueblo se vea amenazado, no pelearán solo los 30.000 ó 40.000 miembros de las Fuerzas Armadas, sino pelearán los 300.000, 400.000 ó 500.000 cubanos, hombres y mujeres que aquí pueden coger las armas. Habrá armas necesarias para que aquí se arme todo el que quiera combatir cuando llegue la hora de defender nuestra independencia. Porque está demostrado que no solo pelean los hombres, sino pelean las mujeres también en Cuba...” “las mujeres son tan excelentes soldados como nuestros mejores soldados hombres...” “Organizamos las unidades de mujeres, que demostraron que las mujeres pueden pelear. Y cuando en un pueblo pelean los hombres y pueden pelear las mujeres, ese pue-

blo es invencible... “Mantendremos organizadas las milicias o la reserva de combatientes femeninas, y las mantendremos entrenadas, todos los voluntarios. Y estas jóvenes que hoy veo con los vestidos negro y rojo, del 26 de Julio, yo aspiro a que aprendan también a manejar las armas.”

Todos, todos serían en el futuro capaces de “manejar” las armas, su adoctrinamiento-entrenamiento comenzaría desde la infancia en la primera de las organizaciones sociales, la de Pioneros José Martí, que busca entre otras cosas “promover cualidades morales [en los niños] tales como el sentido del honor, la modestia, el valor y la solidaridad”... HONOR y VALOR. Luego, prestar el servicio militar obligatorio ellos, y el voluntario ellas, para recibir la capacitación básica que consiste en: “Preparación martiana, marxista-leninista, Táctica, Tiro, Infantería, Física, Ingeniería,



Tomado de: Cuba defensa



Tomado de: Uh.cu

Exploración, Reglamento, Sanitaria, Protección contra las armas de exterminio en masa y otras... “La Preparación martiana, marxista-leninista tiene como propósito contribuir a la educación patriótico militar e internacionalista.” Continúa la penetración social con las Milicias de Tropas Territoriales y las Milicias Nacionales Revolucionarias, el Ejército Juvenil del Trabajo y las Brigadas de Producción y Defensa. Estas últimas, activas en tiempos de paz, no desempeñan labores propiamente armadas; pero su organización y jerarquías corresponden a estándares castrenses. Hombres, mujeres y niños perfectamente adiestrados e ideologizados. Y si se aceptara la mucho más estrecha concepción de militarismo, la comportamental: niveles de gasto militar, cantidad de personal militar e incremento en la producción e importación de armamento (Stavrianakis y Selvi 2013, 13); Cuba llegó a tener el ejército más grande del hemisferio, después del estadounidense; alrededor de 337.033 militares cubanos hicieron parte de la misión enviada a Angola durante un periodo de 16

años, una sola generación, durante los cuales el promedio de habitantes fue de 9.981.479... el 3% de la población en números redondos; se involucró, además de Angola, en Argelia, Siria, Congo y Etiopía, cinco destinos en África. Al parecer, ni el autoritarismo del régimen colonial ni las dictaduras anteriores lograron lo que el militarismo prometido por el comandante Fidel Castro Ruz sí... convertir a la sociedad cubana en una de corte autoritario. Sí que cumplió su promesa, también contenida en el discurso de Santiago de Cuba...

*... “por eso ha de caracterizarse, precisamente, la Revolución, por hacer cosas que no se han hecho nunca”...*



Tomado de: Vanguardia.cu

# NECROFILIA IDEOLÓGICA

CENTRO DE ESTUDIOS LIBERTAD Y PAZ

Por: CARLOS AUGUSTO CHACÓN

En una columna de Moisés Naim, en el periódico El País de España del 6 de febrero de 2016, el analista venezolano se refiere a la necrofilia ideológica como el amor ciego a las ideas muertas; que han demostrado fracasar pero que logran persistir y ser acogidas por las personas esperando obtener resultados distintos de la mano de líderes mesiánicos, populistas y demagogos que predicán ideas que, sabiendo que no funcionan, las profesan prometiendo un paraíso terrenal.

Dice Naim que es fácil encontrarse con algún político “apasionadamente enamorado de ideas que ya han sido probadas y han fracasado. O defendiendo creencias cuya falsedad ha quedado demostrada con evidencias incontrovertibles”.

Este es el caso del expresidente colombiano, Ernesto Samper, quien en un Tweet del 6 de enero escribió “La revolución de Cuba es la revolución de la igualdad. Cero analfabetismos; cero desempleos; atención integral de salud; vivienda para todos; educación gratuita; comida para todos. Si la ausencia de necesidades, como dice Amartya Sen, no es la libertad, entonces, ¿qué será?”.



Ernesto Samper P.   
@ernestosamperp

La revolución de Cuba es la revolución de la igualdad. Cero analfabetismos; cero desempleos; atención integral de salud; vivienda para todos; educación gratuita; comida para todos. Si la ausencia de necesidades como dice Amartya Sen no es la libertad, entonces, ¿qué será?

Translate Tweet

Tomado de: @ernestosamperp. Vía Twitter

En América Latina y el Caribe llevamos décadas de necrofilia ideológica, que no solo es practicada por políticos de distintas tendencias sino especialmente por académicos, generadores de opinión, periodistas e incluso artistas que han pervertido y manipulado el significado de la libertad. Basta ver la forma en que, muchos de los más representativos exponentes de la cultura latinoamericana, no solo conmemoran y evocan la revolución y lo que ellos consideran como una gesta libertadora del Che Guevara; sino que además, bajo un romanticismo lleno mitos y mucha complicidad, ocultan las consecuencias de la revolución cubana.

Lo que sucedió no fue una liberación, fue el cambio de una dictadura -la de Batista- por otra -la de Castro-. Por un régimen que reprime, que no permite el disenso ni la oposición, que por causas políticas ha cobrado miles de vidas, ya sea porque han sido ejecutados -fusilados-, muertos en la cárcel, puestos en campos de concentración (incluso por razón de sus preferencias sexuales, como es el caso de los homosexuales) o ahogado tratando de escapar de la isla hacia países libres. De acuerdo con Nicolás Márquez (2017), aunque es difícil saber con exactitud la cantidad de víctimas, desde 1959 la cifra sería superior a las cuarenta mil. Esto sin contar los miles de cubanos forzados a vivir en el exilio.

Sectores indolentes con la represión que viven los cubanos pervierten el lenguaje para justificar, como lo hace Samper, toda clase de restricciones a la libertad a favor de la igualdad, lograda a través del uso represivo de la fuerza del Estado y del sacrificio de las más elementales libertades individuales, como la de expresión. Una disonancia cognitiva que, como patología, es propia de los necrófagos ideológicos que defienden la limitación de las libertades individuales para lograr una utópica igualdad que siempre acarrea tragedias humanas.



Tomado de: Diario Las Américas

Más allá de la hipocresía y la indolencia de quienes exaltan las bondades de la igualdad material impuesta por el régimen cubano, es la definición de libertad que promueven los necrófagos ideológicos lo que llama a la reflexión.

Para ellos, libertad es garantizarle a todos unos medios para que no tengan necesidades, lo que implícitamente desconoce que en un mundo regido por la escasez es imposible asegurarle bienes y servicios a todas las personas todo el tiempo. Para esto, según ellos, es necesario que el gobierno, mediante la planificación central y haciendo uso de la violencia, no solamente física sino institucional, prive a sus ciudadanos de la propiedad privada, de los frutos del esfuerzo propio y del resultado de la cooperación voluntaria entre individuos que satisfacen necesidades a través de un entorno de libre mercado. Es decir, que para que exista una ausencia de necesidades, los necrófagos ideológicos están dispuestos a aceptar que existan restricciones a otras libertades.

Lo que ellos llaman libertad no es sino una servidumbre a la que los individuos deben someterse para que el “bondadoso” Estado y quienes lo gobiernan, tomen todo de ellos para redistribuirlo en ciertas cantidades de bienes y servicios que, por inexorable escasez, deben por lo general ser distribuidos en raciones limitadas, llevando a las personas a depender de los agentes gubernamentales para que les diga cuánto y cuándo pueden consumir. Lo que implícitamente trae como consecuencia que, quienes se oponen al régimen, simplemente no pueden acceder a esas raciones de bienes y servicios, pues sólo la obediencia les garantiza los medios de subsistencia; ya no sus propias capacidades o los medios que pueden generarse de su propiedad, sino de la “benevolencia” del gobierno.

La narrativa sobre esa clase de libertad lo que busca es justificar que se expanda el poder del Estado sobre la vida de las personas. Precisamente la raíz y esencia de las ideas estatistas y colectivistas que encarnan en mayor o menor medida las ideologías fracasadas del comunismo y el socialismo, se fundamenta, según Mises (2010), la desaparición de la brecha entre ricos y pobres, pero como consecuencia de que tanto ricos y pobres se hacen más pobres de lo que hoy día son los más pobres.

Como es apenas obvio, estas ideas no se presentan dando a conocer sus implicaciones morales ni materiales, ni el hecho irrefutable de que para ponerse en marcha requieren de la opresión y la miseria generalizada para así alcanzar la igualdad material hacia abajo, porque hacia arriba nunca se va a lograr. Sino que se esconden bajo un ideal de justicia social, en el que los poderes coercitivos del gobierno se usan para lograr la llamada justicia distributiva.

No es de extrañar que personajes como Ernesto Samper sientan admiración por el régimen cubano y defiendan esa clase de libertad como una máxima para alcanzar lo que él y muchos otros necrófagos ideológicos denominan justicia social o redistributiva, lograda a costa de la vida y libertad de miles cubanos. Y peor aún,

es que estarían dispuestos a que fueran millones de latinoamericanos.

La libertad que reivindican como un logro del régimen castrista y que promueven en distintos ámbitos, además de los políticos, es en realidad todo lo contrario. Es sometimiento y servidumbre de los cubanos al régimen y la dependencia de Cuba a otros gobiernos. Una libertad que en lugar de hacer de Cuba la Suiza de América, como prometía Fidel Castro, la convirtió en un país cuyos niveles socioeconómicos hoy en día sólo se equiparan con Corea del Norte y Venezuela, de acuerdo al Índice de Libertad Económica de Heritage Foundation.

La verdadera libertad es aquella que evita que las personas sean víctimas de la coerción del Estado. Es aquella que permite que una persona, al salir del analfabetismo, pueda leer lo que quiera y expresar sus ideas de forma libre, que pueda escoger libremente qué estudiar y dónde, qué servicio médico tomar, es decir, la más elemental de las libertades, la de elegir. Que las personas puedan recibir un salario de acuerdo al valor que pueden crear en el mercado, aportando a satisfacer necesidades de la sociedad y no una cifra miserable de U\$9 dólares como sucede hoy en día en Cuba, porque los precios y los salarios son fijados por el régimen, con lo cual han acabado con la economía del país.



Tomado de: Cubaposible.com



Tomado de: ABC.es

No es extraño que un socialista como Samper exalte un régimen dictatorial como el cubano. Para los dogmáticos de izquierda como él, siempre será moralmente superior que se imponga la igualdad a costa de la libertad, dignidad, integridad y vida de los que son víctimas del régimen de turno, que lleva hasta sus últimas consecuencias las nefastas ideas fallidas, sin importar que las reivindicaciones que hacen sobre los supuestos logros de su ideología sean en realidad falsedades históricas.

La peor tiranía es la que encuentra respaldo en quienes creen que esta es buena por el bien de las víctimas, que al obtener algo de sus opresores parecieran estar en mejores condiciones que si buscaran su bienestar por ellos mismos. Por eso es importante trabajar en la difusión de las ideas de la libertad, de la moralidad del libre mercado y de limitar el poder del gobierno sobre la vida de las personas.

Se puede lograr el alfabetismo, salud, educación y vivienda sin sacrificar la verdadera libertad, que es la que permite la realización personal y la dignidad humana. La contranarrativa a la necrofilia ideológica debe poner de manifiesto la forma en que esas ideologías han demostrado fracasar una y otra vez, llevando a la miseria y la opresión, acabando con la economía como pasó en Cuba y viene pasando en Venezuela.

# 60 años de la Revolución Cubana y el legado más aciago de la historia

COLUMNISTA PANAM POST

Por: ORLANDO AVENDAÑO

David venció a Goliat. Luego de ese primero de enero, de 1959, el periodista Herbert Matthews escribió en The New York Times: “El más duro, el más fuerte, el más brutal de los dictadores modernos de América Latina, el general Fulgencio Batista, tuvo su merecido esta semana”.

Y, justiciero, entonces héroe entregado a la tierra por el mismísimo Dios, Fidel Castro, fue quien le dio su merecido. Guardián de la justicia, osado, valiente y necesario, se alzó contra el principal emisario del, para ellos, funesto imperio americano en el Caribe. Y entonces, en enero de 1959, el mismo Herbert Matthews, cronista de las hazañas de los barbudos en Sierra Maestra, lo decretó al titular su artículo sobre la victoria de Fidel Castro: “Cuba: el primer paso hacia una nueva era”.

Lo que no sabía Matthews —y lo que nadie supo en ese momento, porque todos, absolutamente todos, andaban embelesados por un fenómeno inédito, indescriptible y peligroso—, era que esa nueva era jamás acabaría. Que sería eterna y que, aunque se añejaría con arrolladora rapidez, no mermaría. Andaría arrastrando sus pies, como ánima decrepita empecinada en no descansar, llevándose consigo lo que se atravesara.

Y tampoco mermaría el embrujo. Porque a todos les fascinó las hazañas de un grupo de hombres, barbudos, que se atrevía a desafiar desde una montaña, y con pocos recursos, a la mayor na-

ción del mundo. “La reprobación por lo que Fidel ha hecho en la práctica con sus poderes dictatoriales, no podrá extirpar del corazón de los latinoamericanos la emoción de haber visto desafiado, ¡desde Cuba!, el poder imperial norteamericano”, escribió el pensador y periodista venezolano, Carlos Rangel.

Como Cuba “sufría más que ninguna otra nación latinoamericana, en su orgullo, en su dignidad (...) la humillación de ser y no ser americano“, precisó Rangel, los barbudos que alzaban los banderines de la Revolución encontraron un terreno fértil para, con el respaldo de un pueblo que aplaudió los gestos autoritarios, imponer esa nueva era que llegaría con la sangre de los disidentes y la sumisión de los más débiles.

Muerte. Terror. Éxodo. No podía empezar peor la Revolución que se imponía. Señales fuertes demostraban desde entonces, el último año de la década de los cincuenta y los primeros de los sesenta, que la “nueva era” a la que hacía referencia Herbert Matthews estaría caracterizada por lo peor de la miseria humana. Que la violencia y el terror serían desgastadas herramientas. Que no habría disidencia y el objetivo sería la ruina entera de una isla, otrora la más próspera del Caribe.



Tomado de: Cubadebate.cu

Y, entonces, el hechizo fue desvaneciéndose. Muchos de los cautivados dejaron de estarlo. Desapareció la ceguera y los espejismos se diluyeron. Entonces, se reveló la verdad: Fidel Castro no era ningún héroe ni semidiós de hazañas homéricas. Bocazas, carismático, atractivo, viril e insolente, se había hecho con el poder, rodeado de agresivos y sanguinarios lamebotas, para no soltarlo y someter a todo aquel que estuviera dispuesto a desafiarlo.

Por ese propósito absolutista desapareció a quienes empezaron a incomodarlo. Fueron víctimas de él antiguos grandes compañeros. Varios de sus mejores aliados, y precisamente por sobresalir, terminaron nadando con los peces, alimentando a los gusanos —o escondidos tras barrotes de los calabozos—. Huber Matos, Camilo Cienfuegos y el mismo Che Guevara son testimonio de la fiera del máximo comandante. De cuán implacable y cruel puede ser.

“Fidel, el Che, Raúl Castro y unos cuantos tipos más, audaces e ignorantes, estaban decididos a liquidar una imperfecta democracia liberal, regida por una Constitución socialdemócrata, totalmente perfectible, y transformar ese Estado en una dictadura prosoviética sin propiedad privada, ni derechos humanos, y mucho menos separación e independencia de poderes. Simultáneamente, echaban sobre los hombros de los cubanos la responsabilidad de ‘enfrentarse al imperio yanqui’ y transformar el planeta para imponer, a sangre y fuego, el ‘maravilloso’ modelo social desovado por Moscú desde 1917”, escribe el intelectual cubano Carlos Alberto Montaner.

Y así fue. La miseria, rauda, llegó. Con ella, la huida. Miles de cubanos empezaron a abandonar la isla ante la imposición del raído modelo comunista. El tiempo se detuvo pero no pudo evitar la descomposición de las arquitecturas y los vehículos en las ahuecadas calles de La Habana. El estropeado paisaje, que se balancea entre una belleza histórica y el terror por la abrumadora miseria, sirve como prueba de la supresión de los mercados y las libertades.

Han pasado sesenta años. Seis décadas, exactas, desde que se empezó a imponer uno de los más letales totalitarismos de la historia. Seis décadas en las que un régimen, con impunidad, ha podido fusilar y llevar a la tumba, según la organización Cuba Archive, a unas 9 mil víctimas; seis décadas de impunidad de un régimen que traficaba la sangre de perseguidos políticos a Vietnam. De la Revolución que mató, que impuso la miseria y disfrutó el botín.

Alguno hablará de la Revolución Cubana como un proyecto fracasado. Pero cómo se fracasa cuando los planes se implantaron, el modelo gobernó, y se disfrutó la abundante riqueza. Cómo es fracaso cuando los mayores jerarcas, y sus aliados, jamás interrumpieron la oligarca costumbre de posar el buen whisky en las mesas de mimbres mientras se acompaña con un buen puro y se disfruta, luego, un paseo en yate por las costas de Varadero.



Tomado de: Cubadebate.cu



Tomado de: Cubadebate.cu

Y ese es, al final, su legado. El más aciago de la historia. La grosera opulencia que contrasta con la miseria de sus gobernados —de quienes oprimen, más bien—. Es también su legado, el de la Revolución Cubana, el sometimiento de otros pueblos. La claudicación, humillante y deshonorosa, de gobernantes, títeres, peones desleales, ingratos, felones, ante la voluntad de la gran estrella de la izquierda mundial, Fidel Castro, y su línea de sucesión imperial.

Eso fueron Hugo Chávez, Daniel Ortega, Lula da Silva, Cristina Kirchner, Evo Morales, Manuel Zelaya, Daniel Correa, Michelle Bachelet, José Mujica, Ollanta Humala, Dilma Rousseff. Hijos del Foro de Sao Paulo, aquel proyecto de Fidel Castro para volver potable sus ideas comunistas. Que en su momento enarbolaron el estandarte del Socialismo del siglo XXI para imponer en la región los Días de sumisión. Ese, al final, también el máximo legado de la Revolución Cubana.

La miseria y el horror que aún hoy asedia a los venezolanos, a los bolivianos y a los nicaragüenses. De la que muchos pudieron salvarse, pero que aún brilla, en el corazón de los países que algún Dios abandonó, amén de que el proyecto y el legado de Fidel Castro sigue vivo. El aciago legado que debe acabar.



Tomado de: El Nacional

# Camino a La Habana: la ruta de la Revolución Cubana

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA, BOGOTÁ

Por: MANUEL CAMILO GONZÁLEZ VIDES

El golpe de Estado de Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, acabó el proceso de consolidación democrática en Cuba iniciado tras el derrocamiento de Gerardo Machado en 1933. Inmediatamente, Batista suspendió la Constitución de 1940, de la cual paradójicamente había sido su impulsor y, aunque el golpe había sido saludado por gran parte de la población como una medida necesaria para detener la corrupción del sistema político, pronto los ciudadanos empezaron a desencantarse con el general golpista. Las restricciones a las libertades civiles y la complicidad de Batista con las agrupaciones ligadas al crimen organizado empezaron a afectar la legitimidad del régimen.

En un clima de represión y abuso de poder producto de la elección post-golpe de 1954 que dio como resultado la reelección de Batista como presidente, la opción armada comenzó a cristalizarse en las acciones violentas de grupos radicales. El 26 de julio de 1953 un grupo de 134 revolucionarios liderados por Fidel Castro, Raúl Castro y Abel Santamaría, ex militantes del Partido Ortodoxo, atacaron los cuarteles militares de Carlos Manuel Céspedes y Moncada ubicados en la provincia de Bayamo y Oriente, al este de Cuba respectivamente. Ambos cuarteles era estratégicos debido a sus arsenales.

Sin embargo, los ataques fracasaron y derivaron en la captura de Castro y otros asaltantes, que fueron reclusos en la prisión de la Isla de Pinos. Posteriormente, Batista concedió una amnistía política que resultó en la liberación de Castro y sus compañeros

como consecuencia de la presión cívica a favor de la excarcelación de los “moncadistas”. En julio de 1956, Castro marchó al exilio en México y fundó el Movimiento 26 de Julio (M-26) con el fin de volver a luchar contra el régimen autoritario de Batista. Durante su exilio Castro y su movimiento lograron acuerdos con otros actores políticos como el Directorio Revolucionario, el derrocado presidente Prío Socarras y la Acción Nacional Revolucionaria del activista Frank País con el fin de unir esfuerzos contra la dictadura. Además de entrenarse militarmente, los futuros guerrilleros adquirieron la embarcación bautizada como Granma de Antonio del Conde, quien colaboró en la obtención de armas para el movimiento insurgente.

La noche del 25 de noviembre de 1956, Castro y 82 combatientes del M-26 zarpan de Tuxpan (México) en dirección a Cuba. Sin embargo, problemas climáticos forzaron al yate Granma a encallar en Alegría del Río el 2 de diciembre, donde las fuerzas de Batista los atacaron diezmado al grupo de guerrilleros.

Reorganizados después del ataque de Batista, Castro y sus guerrilleros se dirigieron a las profundidades de la Sierra Maestra a inicios de 1957. Desde allí comenzaron una serie de ataques a cuarteles militares en La Plata y El Uvero. Envalentonados por el éxito de las escaramuzas, el Directorio Revolucionario lideró infructuosamente el asalto del palacio presidencial en La Habana y provocó la insurrección de la Base Naval de Cienfuegos en marzo y septiembre respectivamente. La respuesta del régimen de Batista fue la represión que se saldó con la muerte del activista Frank País y los 400 marineros sublevados. Estas acciones revelaron la capacidad de penetración de las milicias rebeldes más allá de la Sierra Maestra y la debilidad del gobierno por contener las acciones subversivas del M-26 y sus aliados urbanos.

A principios de 1958, los rebeldes logran consolidar su dominio territorial sobre la Sierra Maestra y sus estribaciones. En este escenario, Estados Unidos cortó la ayuda militar al gobierno de Batista debido a la percepción de Washington de que Batista empe-

zaba a perder control de la situación ante los insurgentes. Esta falta de apoyo tendrá efecto en la capacidad de las fuerzas gubernamentales para derrotar a los insurgentes, llevando a que Batista lanzara en mayo de 1958 una contraofensiva contra la Sierra Maestra que terminó con la retirada de sus fuerzas del oriente de la isla en agosto de ese año. Con esta derrota, Fidel Castro traslada la guerra al Occidente, Ordenando a los comandantes Ernesto Guevara y Camilo Cienfuegos activar el frente guerrillero en los Montes de Escambray con el fin de dividir la Isla. A finales de diciembre inicia el asedio de Santa Clara, capital de la Provincia de Las Villas, y el 31 de diciembre, los rebeldes toman la ciudad, neutralizando el contingente de refuerzos que había enviado Batista a la ciudad por vía férrea. La caída de Santa Clara precipita la caída de Batista, quien huye ese mismo día hacia Santo Domingo, capital de República Dominicana.

Con este vacío de poder, La Habana se convierte en una ciudad sin autoridad. Se suceden las negociaciones entre Fidel Castro y los militares quienes intentaron crear una junta militar para evitar el colapso total del régimen. Ante la reticencia de los mandos militares de alejarse del poder, Castro ordena el avance de sus fuerzas en el frente de Escambray. A la mañana del 1 de enero de 1959, las fuerzas rebeldes logran ocupar La Habana. Fidel Castro ocupó Santiago de Cuba y desde allí se dirigió a la capital a donde entró triunfante el 8 de enero de 1959 para pronunciar las siguientes palabras:

“Creo que es un momento decisivo de nuestra historia: ¡la tiranía ha sido derrocada! La alegría es inmensa. Y sin embargo, nos queda mucho por hacer todavía”

Comenzaba así, la Revolución cubana.

# FIDEL

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA, BOGOTÁ

Por: STEPHANY CASTRO GARCÍA

*‘Siempre que se hace una historia  
Se habla de un viejo, de un niño o de sí  
Pero mi historia es difícil:  
No voy a hablarles de un hombre común’*

*Canción del elegido, Silvio Rodríguez.*



Tomado de: Cubanet.org

La figura enigmática de Fidel representa, para quienes nos interesa el proceso de la Revolución Cubana, un eje fundamental que explica el rumbo que tomó la lucha comunista en Cuba y el desencantamiento progresivo que atravesó la ciudadanía en torno a ella. Pero para quienes lucharon a su lado, y los simpatizantes de la Revolución alrededor del mundo, Fidel siempre fue un alegato por la autarquía y emancipación del pueblo cubano, rebelado en contra del imperialismo estadounidense y la adopción del modelo capitalista en occidente. Su historia, sus vivencias y sus traumas, logran dar algunas luces sobre la naturaleza del proceso revolucionario en Cuba y sus ánimos más profundos.

Su padre, Ángel Castro, era un gallego que a finales del siglo XIX llegaba a la isla caribeña en busca de nuevas oportunidades económicas, y para la primera década del siglo XX ya se había consolidado como dueño de grandes porciones de tierra al este de Cuba. Siendo ya un hombre rico de alta sociedad, Castro desposó a María Luisa Argota, una profesora del municipio de Banes con quien tuvo dos hijos. Sin embargo, años después se involucró con quien sería la madre de Fidel, una mujer humilde, analfabeta y que llegó como trabajadora doméstica a la casa familiar. Aunque mucho se ha discutido sobre si fue una relación extramarital o no, sobre si María Luisa todavía convivía con Ángel para cuando Lina Ruz apareció, cierto es que tanto Fidel como Raúl vivieron varios años sólo con el apellido materno y fuera de la casa principal de su padre.

A los seis años, desde que sus padres decidieron enviar a Fidel a Santiago para mejorar la calidad de sus estudios, la vida se le convirtió en un constante ir y venir entre dos casas: siempre la de sus padres, donde ahora Lina ya era la señora del empresario Ángel Castro, y las demás que le hicieron las veces de hogar mientras se formaba. De todas formas, Fidel seguía siendo un hijo (legalmente) no reconocido y, además, un niño “descolocado”, desprendido de la realidad de su madre y sus hermanos para ser puesto en otro mundo, donde lo más cercano a una familia eran su maestra y los niños con quienes estudiaba, y de quienes tuvo que

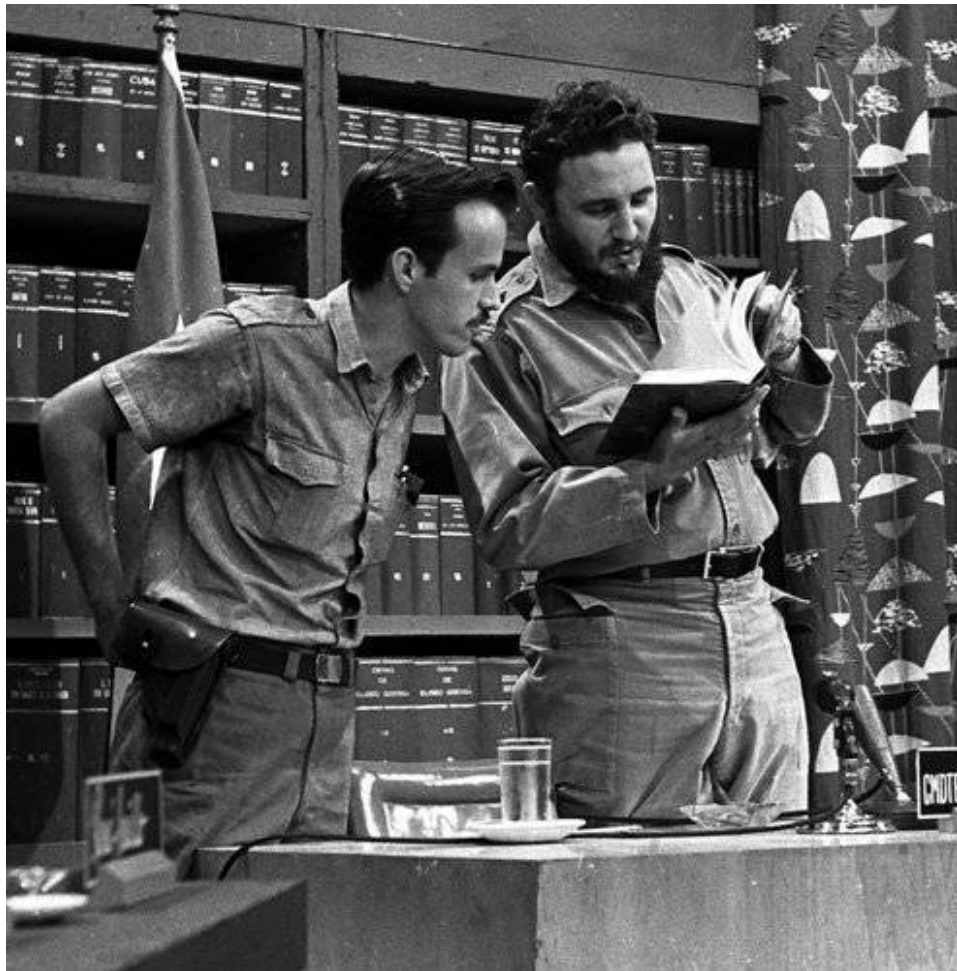
aguantar señalamientos por no estar bautizado.

Pareciera que, sin quererlo, el rechazo de parte de su padre, el abandono a su familia y el resentimiento por los abusos, calaron en el inconsciente de Fidel para hacerlo el personaje revolucionario, líder e insurgente que fue. Bien lo menciona Serge Raffy (2003), uno de sus tantos biógrafos, quien afirma que la condición de Fidel, de hijo bastardo, le creó tantas inseguridades en su personalidad que luego, ya como figura en el poder, quizo resarcir aferrándose a la postura de (único) líder para la Revolución. Los agravios que sufrió en su niñez y juventud a causa del rechazo y distanciamiento con la figura paterna, se convirtieron, en su adultez, en la justificación de su megalomanía. Recuperar la identidad perdida convirtiéndose en el “padre” de la Revolución Cubana fue su indemnización.



Tomado de: Infobae.com

Fidel estudió en la escuela de leyes de la Universidad de La Habana y mientras estudiaba participó en corrientes de activismo estudiantil e, incluso, fue elegido como delegado de curso. Habiendo superado las dificultades de su niñez, Castro ya se había convertido en un hombre con voz, defensor de los pueblos acallados por los autoritarios y, especialmente, en contra de los abusos de la dictadura de Rafael Trujillo en República Dominicana, que él mismo intentó derrocar en 1947. Y aunque en varias ocasiones admitió que había sido allí, en la universidad, donde leyó los textos que le dieron la madurez política para conducir el gobierno, esa nueva Cuba que instauró cuando asumió el poder no pudo estar más lejana a la que prometió entonces; y el Fidel universitario, creyente en la democracia, con la palabra dispuesta y con un criterio objetivo, no podía ser más distinto al Fidel gobernante, terco y autoritario que dejó una ideología huérfana.



Tomado de: Cubanet.org



Tomado de: Cubadebate

El 16 de octubre de 1953, durante el juicio por el asalto a los Cuarteles Moncada y Carlos Manuel Céspedes, en el que participó al mando de unos jóvenes del Partido Ortodoxo, Castro recitó el discurso que se convertiría en el documento principal del proceso revolucionario en Cuba. Porque, incluso si lo rescatáramos solo por el valor del lenguaje, en “la historia me absolverá” lo que hay es una declaración, una promesa, una hoja de ruta que, más que hacer las veces de su defensa, establecía la agenda política que perseguía la Revolución: “El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; (...) junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.”

Fidel pasó de ser el “padre” revolucionario y libertador de una sociedad cubana subordinada a los intereses estadounidenses, a un padre represor, sin visión de mundo y a quien las quejas le sonaban a rebelión. Pasó de ser el emancipador a la nueva figura de autoridad a la que había que acomodarse, lo que hizo Fidel con la Revolución fue cambiar de manos el poder.

Al final la historia no lo absolvió, al contrario, todavía le reprocha la pobreza a la que condenó a su pueblo por un modelo al que se le acabó la vida cuando se le murieron los amigos (URSS). Y a pesar de que soñaba con convertirse en el Aquiles, en el “héroe” emancipador del pueblo cubano, Fidel murió esperando su martirización, viendo a su “Cuba soñada” convertida en una distopía represiva, con altos de niveles de pobreza y un modelo comunista que se ha vuelto más un problema que una solución.



Tomado de: Cubadebate

# Acá la cosa también está candela

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA, BOGOTÁ

Por: ALEJANDRA GUERRERO

A Marco Castillo y Dagoberto Rodríguez les llaman “Los Carpinteros” desde mediados de la década de los noventa. Inicialmente este grupo contaba con tres integrantes, pero Alexandre Jesús dimitió en 2003. Estos artistas surgieron de la Bienal de La Habana; aquel movimiento que comenzó como un nuevo discurso del arte, como algo más allá del modelo norte-sur que caracterizaba otras bienales de la época. Claro está que esta bienal en Cuba fue posible gracias al hecho de que un número importante de exhibiciones internacionales habían comenzado a incluir a Latinoamérica como un foco importante de expresiones artísticas contemporáneas (Herkenhoff, 2010).

Su curioso nombre fue acuñado por espectadores y críticos debido a que en sus primeras obras utilizaron madera que iban encontrando en casas burguesas abandonadas de los años 50. Todo era construido por ellos mismos y su taller en La Habana era donde fabricaban sus piezas a punta de maderas nobles cubanas y herramientas de ebanista. Su técnica terminó tomando tanto renombre que en 1994 fue la primera vez que firmaron oficialmente sus obras como “Los Carpinteros”.

El pasado mes de octubre de 2017 Marco Castillo y Dagoberto Rodríguez trajeron a Bogotá su primera gran muestra individual, considerada la exposición de mayor envergadura, con más de treinta obras conceptuales de su producción artística “La cosa está candela” en el Museo de Arte Miguel Urrutia.

Una de las obras más impactantes de esta ambiciosa exposición es “Sala de Juntas”, una escena compuesta de todos los elementos que normalmente conformarían una oficina (mesas, papeles, sillas, lámparas, computadores, entre otros) totalmente destruidos e

inutilizables suspendidos en medio del aire. Según Dagoberto Rodríguez, en una entrevista que dio para el MAMU, esta instalación tenía como objetivo representar una sola cosa: violencia. “Es uno de tantos escenarios que vemos todos los días en diarios y noticieros, de hecho, esto podría ser una escena actual en Aleppo o en cualquier otra parte del mundo” concluía el artista.



Tomado de: Las 2 orillas

Y es que precisamente esta obra representa la narrativa sobre la cual trabajan constantemente Los carpinteros, la de deshacer un concepto ya hecho para construir otro diferente con un alto contenido simbólico. Descomponer y posteriormente construir. Desaprender para aprender. Un concepto que aquí en Colombia nos resultaría sorprendentemente útil.

En una entrevista hecha en 1999 a Dagoberto, para Sculpture Magazine, menciona la revolución como un punto de quiebre a la

hora de pensar y ejecutar sus obras. Para él Cuba y su historia están marcados por este hecho, y los mismos ciudadanos han tenido que cargar con ese peso, pues ha sido muy difícil librarse de él. Es ahí donde ellos se ubican, ese es el vacío que intentan llenar, olvidar ese pasado y dejarlo a un lado. Desaprender la historia que ha sido contada hace más de medio siglo, la misma de los Castro, de amor y de odio, rechazo y apoyo, aislamiento, la espera que terminó durando décadas enteras. Entonces, empezar a contar una nueva, una diferente, no necesariamente paralela a la realidad, sino vista con otra perspectiva. Contar otras cosas, olvidar y aprender nuevamente, sentar la voz de que, en Cuba durante este último medio siglo, ocurrieron muchas más cosas que la revolución socialista.

“Esto es válido en Cuba, Europa y todas partes. Nuestro mensaje puede ser amplificado en todos lados. Claro, Cuba siempre como punto de partida” explicaba Marco Castillo para el MAMU, y en esto tiene toda la razón. En Colombia las cosas están candela hace más de medio siglo también., somos un país con una historia que se ha contado sola dentro y fuera de nuestro territorio. Al igual que los cubanos, hemos arrastrado relatos y vivencias que no nos representan del todo, las nuestras un poco menos heroicas que las cubanas. Conflicto, violencia, agravios, narcotráfico, injusticia, en fin, también ha sido muy difícil librarnos de eso.

El desaprender conceptos, hechos y relatos que están completamente arraigados en la cultura de un país debe ser una constante. En nuestro caso casi una solución. Cambiemos el discurso. Redireccionemos nuestra atención, destrocemos lo que nos define actualmente y construyamos el concepto que queremos y nos merecemos como país y sociedad desde hace muchos años. Los carpinteros trajeron su obra hace ya casi dos años con un sinfín de mensajes y reflexiones en cada una de esas piezas que parecían no tener sentido, pero al darles una segunda mirada se notaba que lo tenían todo: carpintero puede ser cualquiera que lo necesite

# Vivir antes de la Revolución: entrevista a Rafael Rojas



Rafael Rojas (RR) es un historiador y ensayista cubano que ha trabajado sobre la Revolución Cubana y sus consecuencias tanto para la institucionalidad como para la sociedad civil. En 2006 ganó el premio Anagrama de Ensayo por su texto "Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano" (2006). Y, desde 1996, se desempeña como profesor e investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) en Ciudad de México, donde actualmente reside.

El 16 de Noviembre del presente año, charló con el profesor Sergio Ángel (SA) sobre Cuba antes y después de Fidel, y el impacto que su liderazgo generó. A continuación presentamos la segunda parte de la entrevista, que recorre las promesas de la Revolución y su propio desencantamiento con la misma.

**SA: Rafael, si tú pudieras reconocerle a la Revolución algún éxito o alguna mejoría respecto a lo que era antes, ¿le reconocerías algo?**

RR: Yo creo que en los niveles de vida así como los entendemos hoy, en la economía o en la sociología, no, pero en la distribución de derechos sociales sí. Por ejemplo en la erradicación del analfabetismo o en la extensión de derechos de servicios de salud y de educación gratuitos y universales, eso es evidente, y se produjo entre los años 60 y los años 70, eso sí es de la Revolución. Pero ahora, en cambio, estamos en el proceso contrario, en el que uno ve más deterioro de todos esos servicios: crecimiento de la pobreza, crecimiento de la desigualdad, falta de acceso y caída en la calidad, eso es algo progresivo desde los años 90.

Si hablamos de la Revolución Cubana, en mi libro parto de una posición semántica sobre qué entiendo por revolución. Yo creo que la revolución fue como la revolución rusa, la mexicana, un fenómeno efímero delimitado en el tiempo que va de la destrucción de la dictadura de Batista y del antiguo régimen, y termina en el año 76-77 cuando ya Cuba tiene un Estado, una constitución, una red internacional y una nueva vida institucional política (a partir del 76). Se me hace muy difícil, entonces, hablar de Revolución después del 76-77.

**SA: ¿Crees que dentro del pueblo cubano hay algún arrepentimiento respecto a su historia? Es decir, un arrepentimiento en términos de lo que hubiera podido suceder si se hubiera restablecido ese orden, si no hubiese tomado el poder Fidel Castro ni se hubiera radicalizado de la forma en que se radicalizó. ¿Tú crees que, en términos de legitimidad, uno podría marcar diferentes momentos en donde hay un reconocimiento con picos muy altos, por ejemplo en el 76, y otros en los que empieza a descender? ¿Cómo estaríamos hoy?**

RR: Muy buena pregunta, fíjate que yo le he dado muchas vueltas a ese tema de si habría alguna clave afectiva o de duelo en la historia de la Revolución en relación con la ciudadanía cubana y no lo encuentro. Tal vez pudo darse algo así a principios de los años 90 cuando cae el muro de Berlín y se desintegra el socialismo. Yo creo que mi generación, incluso yo mismo soy producto de ese duelo aquel de principios de los años 90 donde nosotros sí nos cuestionamos la adopción del modelo soviético por el régimen cubano, porque no hay nada que justifique del todo la elección racional de Fidel Castro, y sus más cercanos, de aliarse con la Unión Soviética y crear un régimen totalitario. La historia nos explica que había muchísimas opciones desde la nueva izquierda e, incluso, pudo haberse transitado hacia un socialismo democrático, mil cosas pudieron haberse evitado empezando por la represión y los fusilamientos. Estamos hablando de cientos de miles, algunos dicen que son más de cien mil, otros que son 60 mil o 70 mil presos políticos en una isla con una población de seis millones y medio de habitantes, todos opositores o potencialmente opositores a la estatalización indiscriminada de la economía. Son cosas que no eran inevitables y hay una elección racional a favor de ese régimen totalitario.

Yo creo que ha pasado ya mucho tiempo de aquel momento de principios de los 90 cuando estábamos en plenas transiciones a la democracia, y que, ahora, la ciudadanía cambia demográficamente, hay una nueva juventud que tiene otro tipo de duelo. Ahora, hay que ver entre los jóvenes qué pesa más. Yo tengo la impresión que para ellos es mucho más importante el desastre del período especial, lo que vivieron durante su infancia y su juventud durante los años 90 y principios de los 2000, hasta la llegada de Raúl. En el período especial viene el tema de que se ha desintegrado la URSS, Cuba no tiene mercado, el embargo de Estado Unidos se refuerza con la ley Torricelli, y ahí es donde viene la manipulación perfecta del estado cubano. Además, hay un problema de la nueva cultura política, y es que es una cultura en donde lo que le sucede al cubano no es por él mismo sino es por la

adversidad, es por Estados Unidos, muy parecido a la lógica de Venezuela.

Lo que puede estar pasando es que esos elementos de duelo o de desafecto con respecto a la Revolución Cubana vienen del pasado al presente, para lo jóvenes hoy no es tan importante preguntarse si la Revolución estuvo equivocada, no es esa la pregunta. Yo creo que los jóvenes poco a poco van desmitificando ese fenómeno llamado Revolución Cubana y entienden, cada vez más, que ellos están enfrentando a un gobierno con limitaciones claras para afrontar los problemas del país.

**SA: ¿Tú en algún momento, siendo joven estando en la isla, creíste en la Revolución y viviste tu propio proceso de desapego a ella?**

RR: Sí, yo y toda mi generación. Yo pertenezco a una generación que empezó a escribir y a pensar en estos temas en Cuba en los años 80, y con la mayoría de los otros, mis amigos más cercanos, nos fuimos de Cuba a principios de los 90 en una cosa que se conoce como la diáspora de los 90. Y hay figuras muy conocidas como Iván de la Nuez en Barcelona; Velia Cecilia Bobes, que está aquí en México; Liceo Alberto, un escritor que murió aquí hace poco; Jesús Díaz Grana, escritor cubano que se fue a Madrid.

Entonces, nosotros hicimos una revista que se llamaba Revista Encuentro, que se publicó en Madrid durante muchos años y que reúne a ese grupo. Todos comenzamos a vivir y a discutir estos temas en el período en la Perestroika, cuando Gorbachov empieza su reforma e inicia los movimientos de Europa del Este que desembocarían en la caída del muro de Berlín. Fíjate que desde ya yo creo que la Revolución es un asunto del pasado, lo que estaba en discusión no era la revolución, sino qué tipo de socialismo era el que se iba a construir en Cuba. Yo creo que ese tema de la revolución o del comunismo es muy de las generaciones anteriores, a veces me preocupa que estemos nosotros cargando con ideas que nos heredaron del conflicto.

Para nosotros, para mi círculo más cercano, lo que se acordaba era combatir el totalitarismo o la idea totalitaria de socialismo con la idea inicial de que no era el único socialismo que había, que había opciones de socialismo democrático como lo estaban emprendiendo los checos, los húngaros, los polacos. Esa era la idea que nosotros pensábamos, que en Cuba pudo haber una Perestroika. La frustración viene cuando nos damos cuenta que Fidel va por el otro lado, por el lado contrario.

Yo le doy vueltas a cada rato a esa idea de que si el asunto se puede plantear en términos de duelo por la Revolución en bloque, pero cada vez me doy cuenta de que no va por ahí el asunto. Además, no sería consecuente con mi propia conceptualización de la revolución, yo creo que esa idea de la Revolución en bloque como algo que domina los últimos de 60 años de la historia de Cuba, es una desmitificación porque no hay tal revolución, lo que hay es un gobierno que dejó de ser revolucionario desde los años 70. Sin embargo, pareciera que el discurso oficial sí produce esa captura semántica y se apropia del término revolución como si fuera una identidad viva.

COYUNTURA

Por: SILVIA ROSERO SERNA

# Aniversario de la Revolución

El primero de enero se celebró el aniversario número 60 de la Revolución Cubana. El evento se celebró en La Habana, conmemorando la llegada de Fidel Castro al poder el 1 de enero de 1959. El actual presidente de Cuba, Miguel Díaz-Canel recibió felicitaciones de distintos mandatarios, organizaciones políticas y sociales. El presidente de Rusia, Vladimir Putin, mandó sus felicitaciones y destacó a Cuba como un importante aliado comercial.

Además, a los comunicados de buenos deseos también se sumaron el mandatario chino, Xi Jinping, el presidente de Venezuela, Nicolas Maduro, y el presidente de Nicaragua, Daniel Ortega. Así mismo lo hicieron el Partido Comunista Paraguayo (PCP), el encargado de negocios de Cuba en Sudáfrica y el Partido Comunista de Puerto Rico (PCPR).



Tomado de: El Nacional

# Antorchas en Honor a José Martí

El 27 de Enero miles de jóvenes estudiantes cubanos se congregaron con antorchas en La Habana para rememorar los 166 años de natalicio de José Martí. La primera de estas marchas fue liderada por Fidel Castro el 27 de enero de 1953 a la media noche, con el fin de honrar los, entonces, 100 años del nacimiento del líder. Este año el evento estuvo encabezado por el Presidente Díaz-Canel, el Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Raúl Castro, y la Federación Universitaria Estudiantil (FEU).

## El tornado que consumió Cuba

El 28 de enero un tornado con la potencia de un huracán de categoría 5 (300 km/h) arrasó La Habana, dejando a su paso 4 muertos, 172 heridos, y varios daños materiales en inmuebles y a los poblados sin luz. El tornado llegó acompañando de una tormenta que ya había estado azotando el oeste de la isla y contaba con ráfagas de hasta 100 km/h. Sin embargo la tormenta llegó con menor intensidad al centro del país, y las zonas más afectadas del oeste fueron las provincias de Pinar del Río, Artemisa y Mayabeque.

Después de todo el suceso, el presidente Díaz-Canel fue a visitar los lugares afectados, sin embargo, él y su comitiva fueron recibidos con una oleada de abucheos y gente gritándoles “Mentirosos” y “Descarados”, porque, después del tornado, el Gobierno vendió alimentos y materiales de construcción a los damnificados, en vez de darlos como ayuda humanitaria. Al final de la jornada, Díaz-Canel no desaprovechó la oportunidad de hacer campaña política con el suceso y publicó en sus redes imágenes ayudando a la gente con la frase “Hacer es la mejor manera de decir” y el hashtag #SomosContinuidad.



Tomado de: El Nacional

## Médicos Cubanos exiliados

Después del anuncio del Gobierno Brasileño de terminar el tratado de “Más Médicos”, que consistía en recibir profesionales de la salud cubanos en Brasil a cambio de cuantiosas remuneraciones al Gobierno Cubano que no se reflejaban en el salario de los doctores, el presidente Jair Bolsonaro informó a los profesionales que podían permanecer en el país y recibir asilo político si no deseaban volver a Cuba. Esto, teniendo en cuenta la tragedia humanitaria que se podría desencadenar y considerando que varios médicos prefieren no regresar.

## Canadá reduce la mitad de sus diplomáticos en Cuba

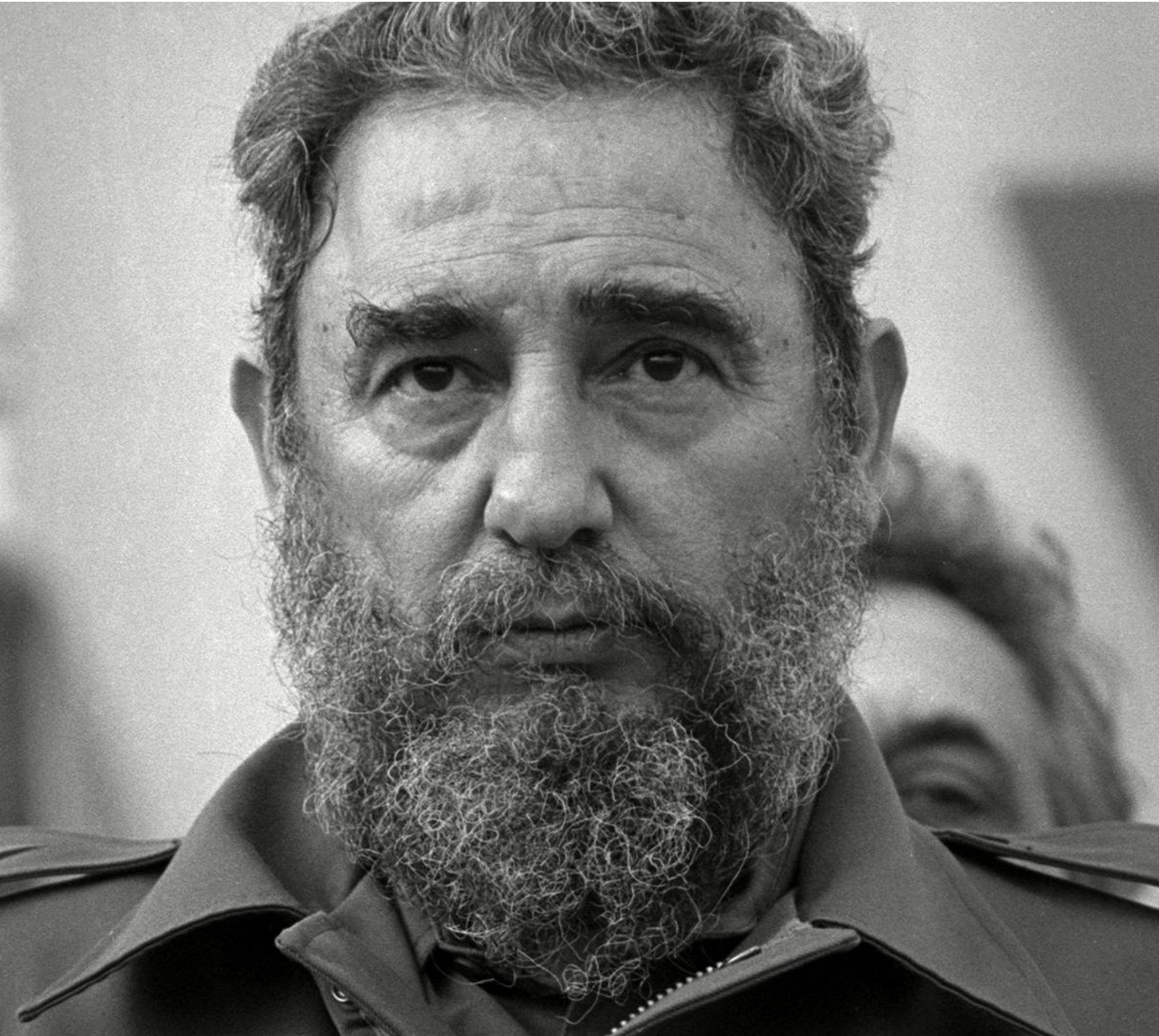


Tomado de: Cubanet.org

El 31 de enero el Gobierno canadiense informó que reduciría a la mitad a sus diplomáticos en la isla, es decir, de 16 pasarían a tener 8 diplomáticos. Todo esto debido a que se han estado reportando casos de dolores de cabeza, náuseas y mareos severos, igual a como ocurrió con diplomáticos norteamericanos que fueron reducidos por casos de “males cerebrales” similares. Sobre la decisión del Gobierno Canadiense, Josefina Vidal, la actual embajadora de Cuba en Canadá, protestó y afirmó en un comunicado que la decisión es incomprensible y lo único que hace es afectar las relaciones entre ambos países.

## Cae un meteorito en Cuba

El viernes primero de febrero cayó un meteorito en la provincia “Pinar del Río”. El artefacto caído del cielo se fragmentó en diferentes trozos y se esparció por varios municipios de la provincia. Los habitantes se encontraban preocupados pues no entendían la razón del fenómeno y la fuerte explosión que generó. Y aunque el Instituto de Meteorología de Cuba certificó que se trataba de un meteorito que cayó por razones físicas, aún no saben su razón pues todavía quedan estudios químicos por realizar. El evento astronómico no generó accidentes, pero sí provocó daños en inmuebles y rupturas de vidrios en algunas edificaciones.



Tomado de: Cubanet.org


CRÉDITOS

Foro cubano

Semillero de Estudios sobre Cuba


No. 4 - ENERO 2018 - COLOMBIA

Bogotá, Colombia



UNIVERSIDAD  
SERGIO ARBOLEDA

Escuela de Política y  
Relaciones Internacionales



PROGRAMA CUBA

Escuela de Política y Relaciones Internacionales  
Universidad Sergio Arboleda

Director ejecutivo: Nicolás Liendo

Editor: Sergio Angel

Asistente editorial: Stephany Castro

Comité editorial:

Sergio Angel  
Catalina Rodríguez  
Stephany Castro  
Sergio Martin

Transcripción de entrevistas:

Emily Rivera

Revisión y edición de entrevistas:

Stephany Castro  
Sergio Martin

Académicos entrevistados:

Rafael Rojas

Colaboradores:

Alejandra Guerrero, Universidad Sergio Arboleda  
Arturo Moscoso, Universidad de San Francisco  
Carlos A. Chacón, Centro de estudios libertad y paz  
Claudia Gonzalez Marrero, Justus Universität Gieben  
Juan C. Mosquera, Universidad Nacional de Colombia  
Manuel Camilo González, Universidad Sergio Arboleda  
Orlando Avendaño, Columnista Panam Post  
Pablo A. Bulcourf, Universidad de Buenos Aires

Diseño e ilustraciones:


Catalina Rodríguez  
Puesta en página realizada en Wix.com,  
utilizando las siguiente tipografías: Kepler,  
Noto, Neue, Nueva Std y Kefa


Correspondencia:


Foro cubano  
recibe toda su correspondencia a nombre de:


Sergio Angel  
Cl. 74 #14 - 14  
sergio.angel@usa.edu.co  
programacuba@usa.edu.co  
Página web:  
<https://programacuba.wixsite.com/misitio>


ISSN: 2590 - 4833 (en línea)

 Programa Cuba

 ProgramaCuba

 ProgramaCuba\_

 Programa Cuba



PROGRAMA CUBA